

PROBLEMAS MORALES DE LA EXISTENCIA HUMANA

Rafael Gómez Pérez

INTRODUCCIÓN

Los problemas morales son una realidad. Inútilmente se ha intentado -no sólo en los tiempos actuales, sino en muchas otras épocas- explicar los comportamientos humanos por razones exclusivamente económicas, políticas, sociales. El hombre siempre se ha preocupado -y se sigue preocupando- por las grandes cuestiones del bien y el mal. Quizá la moral no interese mucho cuando todo funciona aparentemente bien, pero apenas surge la violación de un derecho aparece también ese «no hay derecho» que es la primera y más importante declaración de la existencia de la ética.

El conflicto entre lo que se desearía hacer y lo que se sabe que no se *debe* hacer es constante. Todos nos convertimos de forma espontánea en jueces apenas advertimos una actuación que nos afecta y en la que vemos una desviación respecto a lo que debería ser. Hay juicios éticos en la conversación común, en los medios de información, en los debates políticos. Aunque la frase esté gastada, consideraremos de más valor a una *buena persona* que a una *mala persona*. Nos fiamos del primero y desconfiamos naturalmente del segundo.

Los conflictos éticos o morales acompañan la existencia humana desde antes del nacimiento hasta la muerte. Pensemos en dos casos que aparecerán en estas páginas: el aborto y la eutanasia. El primero se refiere a la vida del ser humano concebido y aún no nacido. El segundo trata de ese momento decisivo de la muerte. ¿Es posible tratar con ligereza esos temas? ¿Es humano referirse a ellos como a problemas de segunda importancia?

LA ÉTICA O MORAL, EN EL CAMPO DEL SABER Y DEL HACER HUMANOS

Es probable que hayamos oído muchas veces, expresada con palabras diversas, esta opinión: «lo importante no es tanto saber sino hacer». Esto es una opinión, pero no una verdad. Los mejores filósofos de todos los tiempos, desde hace más de veinticinco siglos hasta hoy, coinciden en que, para hacer una cosa bien, hay que saber bien.

De una forma muy general, la actividad humana que busca saber el porqué de las cosas, en sus aspectos fundamentales y centrales, se llama filosofía. Esta palabra quiere decir, en efecto, amor a la sabiduría, amor a la verdad.

La filosofía es un saber especializado, pero, por otra parte, todos somos filósofos. En efecto, todos damos siempre alguna respuesta a estas preguntas fundamentales: qué es el mundo, qué es la vida, qué es el hombre, cómo debe comportarse el hombre, qué es la libertad, qué es la justicia, etc.

División del conocimiento filosófico

Si repasamos la historia del pensamiento humano, encontramos que todos los pensadores- desde los griegos hasta el siglo XXI- se han dedicado a conocer el mundo, a conocer las leyes propias del pensamiento humano y a conocer cuál es la actuación propiamente humana.

Conocer el mundo, la realidad, las cosas, incluye una filosofía de la naturaleza y de esa realidad privilegiada de la naturaleza que es el hombre. Cuando esta filosofía alcanza su grado más alto se pregunta esto: ¿qué quiere decir que las cosas son? ¿Qué es, por tanto, ser? De esto se ocupa la metafísica (o también ontología), y el primer tratado importante se debe a un griego del siglo IV antes de Cristo: a Aristóteles.

La filosofía busca dar con la verdad. Pero, para eso, hay que conocer rectamente, con propiedad, con precisión, sabiendo distinguir las opiniones de las verdades, y la verdad del error. Este es otro campo muy importante del saber humano. Se llama Lógica.

Pero es que, además, al hombre le interesa dar con la verdad no sólo para saberla, sino para hacerla, es decir, para llevarla a la práctica. Por eso el hombre siempre se ha preocupado de cómo tienen que ser los actos humanos rectos. Y esa ciencia de los actos humanos se llama ética o moral.

Importancia de la ética

La ética no es una cosa abstracta, desligada de la vida. Todo lo contrario. Continuamente estamos dando juicios éticos. Vamos a verlo con una serie de ejemplos, cuya importancia está en la mente de todos.

¿Es bueno o es malo dominar de tal modo la naturaleza, de forma que la técnica estropee o arruine totalmente lo que tiene que ser el ámbito y el paisaje del hombre?

¿Es bueno o es malo considerar la vida humana como algo de lo que se puede disponer caprichosamente? ¿Qué decir de la tortura? ¿Qué decir del aborto?

¿La vida humana es algo que pertenece a cada persona o la sociedad o el Estado pueden disponer de ella? ¿Qué juicio moral hay que dar sobre la pena de muerte?

La libertad es un valor humano. Sin embargo, ¿hasta qué punto es ético permitir que la libertad de unos se emplee en dañar a los demás?

En el trato interpersonal, en las relaciones en el seno de la familia, en las relaciones de trabajo, en la vida política, en las relaciones internacionales se plantean continuamente problemas éticos o morales. Esto es tan importante que se puede decir, aunque sea simplificando un poco, que una persona es lo que sea su comportamiento ético o moral.

Todo esto explica la importancia del conocimiento de la ética o de la moral en la educación de la persona. El período de educación -que en realidad dura toda la vida- no llega a su pleno cumplimiento, a su realización, hasta que la persona no adquiere una jerarquía de valores morales que le sirve de orientación y de guía. Una persona sin ética es una persona psicológicamente inmadura. Por otro lado, siempre hay una ética; quien dice no tener ética o moral tiene, en realidad, la moral de la amoralidad o de la inmoralidad.

Ética y política

La ética mantiene también una relación muy estrecha con la política. Por política se entiende aquí el modo de organizar y dirigir la convivencia humana para que en ella se dé cumplimiento a los derechos naturales e inalienables de la persona, y todo con vista al bien común.

Este es también un tema muy antiguo. Todos los filósofos lo han tratado y la mayoría de ellos han llegado a concluir que el comportamiento político no puede desligarse de la ética. En otras palabras, la política no es una especie de «tierra de nadie», en la que se podrían dar comportamientos que, en la vida de relación interpersonal, se califican justamente de antiéticos: la mentira, el fraude, la calumnia, el soborno, la corrupción, etc. Como, por otra parte, la política es asunto de todos -es la gestión común del bien común-, a todos nos interesa saber cuáles son los principales temas éticos que aparecen en este campo.

Ética y religión

Hay personas que sostienen que la religión es una «creencia irracional», que se da sólo porque unas generaciones la transmiten o imponen a otras. Esta opinión -prescindiendo que sea un error en materia de religión- es un error por falta de inteligencia, de ejercicio de la razón.

La religión puede entenderse, al menos en dos sentidos:

- como religión natural, es decir, como el descubrimiento por parte del hombre, gracias al uso de su razón, de un Ser Superior (Dios), que ha creado el mundo y al hombre. Esta religión natural se ha dado en todos los pueblos, desde el principio de la Humanidad, aunque en algunas ocasiones haya adoptado formas que no están de acuerdo con la dignidad humana: sacrificios humanos, aberraciones morales, etc. El conocimiento natural de Dios hace al hombre descubrir su propio fin y la bondad o mal- dad de sus acciones en cuanto le acerquen a ese fin o le aparten de él;

- como religión revelada por Dios, con una intervención por encima de las fuerzas de la naturaleza, es decir, sobrenatural; así, en el pueblo judío y, más tarde, con Cristo, en el cristianismo.

Toda religión incluye tres elementos muy claramente diferenciados:

- un conjunto de creencias, una doctrina;
- unos ritos de culto y adoración a Dios;
- unas normas éticas o morales, que regulan el comportamiento de los hombres con Dios y de los hombres entre sí.

Vemos así que la ética -cualquier ética- hace una directa referencia a la religión, se trate de la religión natural o de la religión revelada. Así como todos los pueblos han coincidido en un contenido mínimo de creencias y de ritos, también coinciden en un contenido mínimo de ética.

Esa coincidencia está basada en la ética natural, la única que se va a estudiar aquí. Pero es preciso tener bien clara la idea de que la ética no es una alternativa a la religión. En efecto, la ética lleva implícita la posibilidad de descubrir la raíz del comportamiento moral. Y muchos pueblos y pensadores de todos los tiempos - orientales; primitivos, griegos, romanos, etc, - han coincidido en que el fundamento de la ética es el Ser Supremo, Dios.

LA ÉTICA, CONOCIMIENTO PRÁCTICO

La ética no es un conocimiento disperso, hecho de piezas sueltas, caprichosamente reunidas por cada individuo. La ética es una ciencia, pero una ciencia práctica. ¿Qué quiere decir esto? Para verlo, es preciso analizar, brevemente, qué es una ciencia.

Qué es la ciencia

La ciencia es, en primer lugar, un hábito, es decir, una disposición arraigada y estable. No es científico el que «acierta» en algo por casualidad, sino el que tiene el hábito de dar con la verdad de las cosas.

La ciencia, en segundo lugar, es un hábito adquirido. Nadie nace sabiendo. La ciencia se adquiere por el ejercicio de la inteligencia aplicada a la realidad.

La ciencia es, en tercer lugar, un conocimiento de las causas de las cosas. Aristóteles escribió ya lo siguiente: «Saber verdaderamente es saber por las causas.» Un médico sabe, no cuando acierta por casualidad con la enfermedad del paciente, sino cuando conoce las causas (etiología) y puede así proporcionar los remedios (terapéutica).

Finalmente, la ciencia es un conocimiento cierto, porque se basa en la evidencia que da el conocimiento de las causas de los hechos.

División de las ciencias

Según una clasificación muy general, pero cierta, las ciencias se pueden dividir en ciencias especulativas o teóricas y ciencias prácticas.

Las ciencias teóricas tienen como fin el conocimiento. Por ejemplo, un matemático puede llegar a conclusiones que no tienen ningún resultado práctico, pero que significan, por lo menos, una profundización en la capacidad de la inteligencia humana. Las ciencias prácticas tienen como fin el conocer, pero para la producción de una obra o la realización de una acción. Una ciencia práctica es aquella que intrínsecamente, por su propia naturaleza, se dirige a la producción de algo o a la realización de algo.

La ética, ciencia teórica y práctica

Ahora podemos ya comprender cómo la ética es, a la vez, ciencia teórica y práctica. ¿Cómo entender esto?

En primer lugar, viendo que la ética no es una ciencia simplemente teórica. Cuando se estudia qué es el acto moral, cuáles son sus condiciones, cuál es el fin del hombre, cuál es el sentido de la vida, etc., se hacen afirmaciones teóricas, pero no para quedarse en ellas, sino para ordenar de ese modo la vida humana, para que coincida la vida con la doctrina.

En segundo lugar, la ética no es una ciencia puramente práctica, no es un análisis de lo que se

va dando, para buscar soluciones transitorias, efímeras, válidas sólo para un período de tiempo. La ética quiere alcanzar -y lo consigue- la esencia del hombre.

Podemos ya resumir los dos aspectos, con esta afirmación: la ética es una ciencia que no busca el conocer por el conocer ni el hacer por el hacer; busca el conocer para hacer.

Esto quiere decir también que la ética no es una simple práctica, ni un conocimiento experimental de lo que sucede en el hombre y en la sociedad. Para esto último están algunas ciencias humanas; por ejemplo, la psicología individual o social, la sociología, la antropología, la economía, la demografía, etc. La ética trata de hechos, pero de hechos con relación a una norma o ley, norma o ley que dice lo que se debe hacer y lo que se debe evitar.

Ética y sociedad

El ámbito de esta ciencia teórica y práctica, que es la ética, es la sociedad. Esto está ya dicho en aquella famosa frase de Aristóteles de que el hombre es un «animal político», es decir, «social por naturaleza». Algunas veces la literatura se ha entretenido en considerar al hombre como un «animal solitario». Pero esto es una ficción; un hombre completamente solitario dejaría de existir (la vida del hombre, que nace muy desvalido, necesita física y afectivamente el cuidado de otro ser humano, de la madre o de alguien que realice este papel).

No se puede vivir completamente fuera de la sociedad. Los que no ejercen su plena actividad en la sociedad, que viven su vida fuera de la gran corriente de la vida social, quedan disminuidos como hombres. Sin duda conocemos casos de hombres y mujeres que han elegido vivir aislados y apartados. Pero en estos casos hay que tener en cuenta, en primer lugar, que ya habían recibido de la sociedad gran parte de lo que habían llegado a ser; y, en segundo lugar, que ese apartamiento era sólo una forma diversa de servir a los demás: así, en el caso de algunos hombres religiosos, o de grandes artistas o descubridores o inventores. Ni siquiera Robinson Crusoe estaba solo; además de contar con la compañía de Viernes, logra sobrevivir al poner en práctica los conocimientos y las habilidades adquiridos en su patria.

Sólo los hombres viven en sociedad, son socios; los animales viven en colmenas, rebaños, manadas o piaras. Este carácter de socio no anula en absoluto la persona humana. Se podría decir, sintéticamente, que su manera de ser persona es siendo socio. El hombre no se agota, por tanto, en el conjunto de las relaciones sociales de las que forma parte; pero, a la vez, es cierto que no puede vivir como auténtica persona sin esas relaciones sociales.

Teniendo esto en cuenta, se deduce que no hay una distinción neta y tajante entre la ética personal y la ética social. Toda consideración ética se refiere a la persona viviendo en sociedad, que es el único modo en el que el hombre puede vivir. También las relaciones del hombre con Dios -con el Dios al que puede llegar con la sola razón natural- son a la vez relaciones sociales; en primer lugar, porque se refieren a ese Otro que es Dios; en segundo lugar, porque hacen también referencia a los demás hombres, creados igualmente por Dios para que vivan en sociedad.

Una ética exclusivamente individualista -que se desentiende de la sociedad- es un error; como lo es también toda ética exclusivamente colectivista, es decir, que anula la libertad y la peculiaridad de la persona dentro del todo social.

Objeto de la ética

La ética trata de actuaciones humanas, pero no en un sentido general, sino en un sentido muy preciso. En efecto, cabe distinguir entre actos del hombre y actos humanos:

- actos del hombre son aquellos que realiza el hombre, pero sin dominio racional y voluntario sobre ellos; por ejemplo, la circulación de la sangre, la digestión, etc. Sin duda se habla de una

«buena» o de una «mala» digestión, pero no se atribuye a esto un sentido moral o ético. Nadie es poco honrado porque haga una mala digestión;

- actos humanos son aquellas acciones, externas o internas, que el hombre realiza con conocimiento (advertencia de lo que hace, deliberación) y voluntad libre (porque quiere, hace una cosa o la omite; hace una cosa u otra).

Estos requisitos de los actos humanos son esenciales y guían a la hora de tratar sobre el carácter ético de los temas examinados en estas páginas.

El conocimiento implica tener suficiente advertencia de lo que se va a hacer. Por el conocimiento sabemos de antemano lo que vamos a realizar y podemos decidirnos a realizarlo. No es preciso que ese conocimiento sea perfecto y total, cosa difícil de conseguir incluso para acciones sencillas.

La voluntad como requisito del acto humano exige que ese acto sea querido realmente por nosotros como algo nuestro. Ha de ser, por tanto, una voluntad libre, con capacidad de elegir. Si alguien es forzado a firmar una confesión en la que se declara culpable de algo, ese acto no es moral, porque no ha sido realizado con libertad. Sin libertad no puede haber ética, porque para actuar moralmente es preciso discernir -con conocimiento- entre el bien y el mal; y se requiere también que, con voluntad libre, uno se dirija hacia una actuación -externa o interna- considerada como propia y de la que uno responde personalmente.

Un acto es voluntario directo cuando se busca o se intenta en sí mismo el efecto que producirá ese acto. Se llama voluntario indirecto cuando, al realizar directamente una cosa, se produce también un efecto no intentado ni querido. Para que sea lícito realizar un acto del que se siguen dos efectos, uno bueno y uno malo, tienen que darse las siguientes condiciones:

a) que la acción sea buena en sí o indiferente; así, no es lícito mentir, aunque de ello se deriven efectos buenos;

b) que el efecto primero e inmediato sea el bueno y no el malo; por ejemplo, no es lícito robar para, con lo obtenido, dar limosna;

c) que el fin del que actúa sea honesto, es decir, que busque únicamente el efecto bueno y se limite a permitir el malo;

d) que haya una causa proporcionada a la gravedad que el efecto malo va a producir. Por ejemplo, no es lícito jugar a algo si del juego se produce el efecto malo de la grave enemistad entre algunos de los que juegan.

Factores que influyen en la realización de un acto humano

En los temas que siguen se tratará, con frecuencia, de algunos factores que afectan a los actos humanos. En este apartado se considerarán de un modo general.

La violencia

Si alguien nos fuerza, con la violencia, a realizar actos que son inmorales, no por eso somos culpables y responsables de esos actos. No están realizados libremente. La violencia es la coacción externa. Por la violencia uno se ve forzado a hacer lo que no quiere hacer. No es un acto inmoral del coaccionado, sino un acto inmoral del que coacciona.

Las pasiones

Las pasiones son movimientos del llamado apetito sensitivo, que nacen al captarse el bien o el mal sensible, con conmoción más o menos intensa en el organismo. El apetito sensitivo -a

diferencia del apetito intelectual o voluntad- se conmueve espontáneamente ante el bien o el mal. Por ejemplo, la inmediata aprehensión de algún bien provoca la pasión del amor; si ese bien no se tiene, nace el deseo; si se tiene, nace el gozo. Cuando se capta un mal opuesto al bien, surge el odio; cuando el mal se viene encima, nace la aversión o fuga; si el mal es presente, surge la tristeza. También es pasión la esperanza, o aprehensión de un bien ausente, difícil, pero posible; si el bien es imposible, nace la desesperanza. Ante un mal que se avecina, pero es superable, surge la audacia; si se considera insuperable, es el temor o miedo. El mal presente nos provoca ira.

La voluntad libre puede dominar las pasiones, salvo en el caso de que éstas sean muy fuertes y supriman algunos de los dos elementos imprescindibles del acto humano: el conocimiento y la voluntad libre. Hacer las cosas con pasión es, en principio bueno: todo depende de la moralidad del acto. Por ejemplo, hacer un acto bueno superando la desesperanza es doblemente meritorio. Es también bueno tener grandes deseos de acciones honestas.

Tratamos a continuación del miedo, o pasión que produce la amenaza de un mal inminente y difícilmente superable. Para que el miedo impida el acto humano ha de ser intenso, fuerte, de tal modo que anule la libertad. De ordinario, el miedo no quita la voluntariedad del acto y puede aumentar su valor ético. Por ejemplo, el miedo ante las consecuencias desagradables de una acción buena tiene que ser superado, incrementándose así el valor moral de la conducta. En una persona sana, el miedo común no es nunca excusa para la realización de acciones intrínsecamente inmorales como, por ejemplo, la mentira.

La ignorancia

Ignorancia es la ausencia de conocimiento. Se distingue del error en que éste es el conocimiento falso. La ignorancia completa se llama ignorancia invencible, porque no puede ser vencida, superada. Esta ignorancia precede a la acción y, como impide el conocimiento, lo que resulta de la actuación con ignorancia invencible no es moralmente imputable a la persona.

Hay otro tipo de ignorancia: la que acompaña a la acción. Por ejemplo, salgo dispuesto a robar a Pedro; en la puerta de su casa me encuentro con una cartera abandonada y la cojo; pero resulta que es la cartera de Pedro. La acción deshonesta es el pensamiento y la intención de robar; pero no el coger la cartera, porque esto se ha hecho con ignorancia; una ignorancia que acompaña al acto, pero no lo causa.

Finalmente, existe la ignorancia que se llama vencible, porque podríamos vencerla, saliendo de ella. Pero no se quiere salir de ella para realizar más fácilmente la acción. Por ejemplo, no quiero enterarme de quién es este reloj, para poder apropiarme con tranquilidad de él. Este tipo de ignorancia no exime de culpa; al contrario, puede agravarla, según que la ignorancia sea ligeramente querida o directamente querida.

Aunque la ignorancia -en algunos casos ya descritos aquí exime de culpa y, por tanto, de responsabilidad moral, es preciso añadir que también existe, como primera exigencia ética, el deber de conocer la ley moral. Es más, ese conocimiento no ha de adscribirse a una época determinada -la niñez, la juventud-, sino que ha de desarrollarse a lo largo de la vida humana y con especial referencia al trabajo que cada uno desarrolla en la sociedad. Surge así el concepto de ética profesional, como una aplicación de los principios éticos generales al modo de vida individual en un ambiente determinado: el mundo de la economía, de la enseñanza, de la medicina, de lo jurídico, de lo político. El deber moral de evitar la ignorancia se da, por tanto, y de una forma especial, en todo lo que se refiere al campo profesional de cada persona.